

Memorias, ofreciéndoles recompensas sin fin así que recogiera el poder en absoluto y en definitiva. El veinticinco de Junio salida del palacio episcopal de Meaux por la mañana y arribo por la tarde al palacio de las Tullerías: fué una jornada horrorosa, como si hubieran roto y laminado huesos y carnes de aquellos Reyes, con ruedas y en potros de tormento. Doce horas estuvieron ocho personas metidas en aquel coche, donde no podían respirar con desahogo, y de donde no podían descender para necesidad ninguna. En el coche morían los Reyes abrasados; una vez bajo del coche, podían morir á manos de las exaltadas muchedumbres. Con la sofocación externa, producida por los calores se juntaba el sofoco interno, producido por los insultos. Ya próximos á París, en el cercano Pantin, pudo haber un rompimiento entre la escolta. Llegados los granaderos de la Milicia Nacional parisién, debieron unirse á la escolta de los milicianos provinciales idos guardando al Rey desde tan lejos. Y, por empeño en los recién llegados de ocupar el espacio que ya ocupaban los desde la frontera venidos, armóse una que degenerara en riña. Pero los que disputaban aquella porfía y lance de honor, uníanse á desacatar y deshorrar á los Reyes. No hay palabra sucia en el caló de la desvergüenza que aquellas gentes deslenguadas dejasen de escupir al rostro del Rey, sobre todo al rostro de la Reina. Las prostitutas jamás en sus burdeles oyeron lo que las princesas en sus tronos. Excedían á los hombres las mujeres en el agravio. Como la inocencia conmueve los más empedernidos criminales, Antonieta ponía el Delfin entre las palabrotas y los oídos, reclamando de las madres piedad y honra para su corazón maternal, despedazado por las calumnias en presencia del hijo. «Nos enseña el muchacho, exclamaban aquellas furias, cuando todas sabemos que no es de su marido.» Infamias tales despedazaban en términos el pecho de Antonieta, que, sintiendo sus estremecimientos, y mirando cómo la subían al rostro, el pobre Delfin á gritos lloraba. Mas, lo peor del caso era que las deprecias por Pétion anunciadas respecto de los guardias, se iban cumpliendo; pues pedía el público los amarillos, como los llamaban, por sus uniformes, para colgarlos de los árboles ó de las linternas. Quién, quería que se reprodujera el tormento de Ixión, atados á las ruedas; quién, que los trucidaran como á sus hijos Medea; quién, que los despellejasen, como á Maryas; pues el comercio con los oradores y la lectura de los periódicos habían unido en aquellas gentes á la crueldad salvaje la cultura refinadísima, y hablaban en los motines con el gusto mitológico reinante sobre la tribuna y sobre la prensa. Barnave lo salvó todo con la resolución del justo, sumada de veras á la elocuencia del orador. Su acción y su verbo en este calvario lo han inmortalizado más y se le han agradecido más que sus arengas en el Congreso.

Por fin, entran en París. Toda la población estaba esparcida por afueras y por calles. La puerta propia del camino que traían era la conocida con el nombre de San Dionisio, levantada en los boulevares con aires de arco triunfal, lleno de soberbios trofeos á la gloria y á la pujanza del Rey Luis XIV. Mas, para ir desde tal ingreso en París al ingreso

en las Tullerías, precisaba recorrer una parte del revolucionario barrio de San Antonio que hubiese aumentado la pasión del Rey con acerbidades, cuyos efectos hubieran hecho aquella carrera calle de amargura y el palacio Gólgota. Por la Estrella, donde se levanta hoy el soberbio arco á todas las glorias francesas, extiéndense los Campos Eliseos y sus alrededores, un barrio completamente aristocrático. Los Reyes podían ser allí más atendidos, ó en postrer recurso, menos insultados. Sin embargo, venían tostadísimos, en ahogo y asfixia y como se quejasen, decíanles que peores ahogos le aguardaban. El sudor no humedecía sólo sus cuerpos destrozados; empapaba los objetos que los circuían. En la berlina padecieron aquel martirio de los primeros cristianos, metidos por sus verdugos dentro del vientre de animales vaciados en bronce, que á fuego lento calentábanlos hasta tostar á sus víctimas. Eran las seis en punto del día consecutivo al de San Juan, día espléndido, semejante á noche por las aglomeradas nubes de polvo. No se veía gota. La última hora de Pompeya recordaba como si todo el aire fnese un rescoldo y un cenicero abrasador, y aunque parecía la última hora de París en apariencia, era en realidad la última hora de los antiguos Reyes. Una semana transcurrió desde la noche del lunes, 20, en que salieron del palacio á escondidas, hasta la tarde del sábado, 25, en que públicamente volvieron al Palacio. Por allí habían entrado los Reyes en sus glorias, y entraban ahora en sus agonías. A los vítores de ayer habían subseguido las maldiciones de hoy; á las miradas de férvido entusiasmo los relampagueos de perdurable odio; al clamor del agradecimiento expansivo los truenos de la cólera terrible; á las lágrimas correspondidas con los plácemes, las injurias contestadas con lágrimas; al culto religioso, el terror implacable. Ya las madres no levantaban á sus pequeñuelos hacia lo alto sobre sus hombros para que viesen al heredero de la corona; ya no presentaban los soldados sus armas; ya no caían sobre las regias cabezas lluvias de rosas deshojadas; ya no se oían las músicas acompañando coros encargados de celebrar los triunfos del principio monárquico sobre las gentes y las tierras de Francia. ¿Dónde aquellos gallardetes que parecían solios flotantes sobre las regias cabezas; aquellas enramadas que constituían blandas alfombras bajo los regios pies? En vez de guardias vestidos con todos los colores del iris, desarrapados nacionales; en vez de suizos estirados y rígidos como estatuas de la obediencia y del deber, clubistas ebrios de recientes ideas y de añejos vinos. Caballeros de San Luis con sus restos azules y sus cruces áureas; damas de honor con sus guardapiés de brocados y sus pelucas empolvadas de cien pisos; mosqueteros con casacones multicolores y alabardas argenteadas; condecoraciones de brillantes sobre todos los pechos que latían á la real presencia de monárquico fervor; mitras relucientes en las cabezas unguadas de purpurados principes eclesiásticos; palios llevados por puños de nobles; literas semejantes á sacratísimas andas, procesiones en que las carrozas reales parecían custodias sagradas; todo ha desaparecido sustituyéndole un cortejo de picas y un reverbero de armas y unas actitudes de amenazas y unos resuellos de cólera y

unos desacatos de gestos y unas insolencias de palabra que creeríase la monarquía ya, no camino del palacio, camino del cadalso. En la puerta de París parecía la muchedumbre obedecer sabia consigna, guardando un silencio capaz de contenerlo todo. Por los Campos Eliseos no se cumple la consigna y el apasionamiento de las muchedumbres, contenidas por acertadas órdenes secretas, rompe todas las compuertas é inunda el ambiente de calumnias. Los que ayer miraban al Rey de rodillas, ahora no se le quitan el sombrero. Al desembocar en el recinto anterior al jardín del palacio, plaza de la Concordia, el clamor de cólera y odio crece tanto, que parece próxima la muerte de los Reyes. Los guardias del pescante se salvaron por milagro. Sólo un esfuerzo heroico los preserva de la muerte. Los príncipes bajan de las berlinas y suben la escalera. Entran los infelices, no reinando, no, destronados en el palacio eterno de sus mayores parecido á la eternidad desde donde sus mayores los contemplaban, pues aunque se movían cual vivos, estaban en realidad muertos.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO-PRIMERO

Agitaciones consiguientes al cautiverio del Monarca

 DOLORA y apenas mucho el padecimiento de las personas reales en su vuelta de Varennes á las Tullerías, y en su cautiverio, porque ni los de arriba, ni los de abajo dejan de ser en la tierra semejantes nuestros, inspirándonos y sugiriéndonos aquellos naturales afectos de compasión que juntan á todos los corazones humanos en el seno de la humanidad; pero, como no pueden derogarse las leyes del Universo, la natural incontrastable lógica del espíritu, no pueden derogarse tampoco los códigos de la Divina justicia, quienes imponen pena máxima, por necesidad, á cuantos procedían ciegos con aquella doblez en su vida, y provocaban criminales, por la conservación de privilegios imposibles, tanta y tan pavorosa catástrofe. El que mayor pena da en este cautiverio es el atormentado niño, el Delfín; pues creía heredar una corona y heredaba un suplicio, en cuyos tormentos no sólo se destruyó el derecho heredado, el cuerpo ungido, la vida incipiente, sino hasta el nombre mismo y la memoria de este nombre. Tal es la esfinge del destino; ahí está, como en los tiempos de la inocente incestuosa Yocasta, y del inocente parricida Edipo; á la manera que el pecado de Adán, por nosotros no cometido, se ha traspasado al conjunto entero de todas las generaciones humanas. Nuestros padres comieron agraces, dice Jeremías, y nosotros tuvimos dentera. Pecaron ellos y padecemos nosotros. *Patres nostri pecaverunt, et non sunt; et nos iniquitates eorum portavimus.* ¡Cuántos privilegios de complexión y de inteligencia, traídos al nacer dentro del cuerpo y del alma, para los cuales ningún trabajo hemos hecho; para los